TAGANGA

Novela Corta de Ficción

Federico Villalobos

2023

Al dejar la maleta de cuero azul con antiguas etiquetas de aeropuerto y estaciones de bus en el rincón, empezó para Ernesto el fin de la añoranza de vivir junto a la Mar. Se detuvo como el ancla que domina al viento. Su tiempo ahora lo pasa en un pequeño bote. Recién pintado y con el nombre de una mujer que nadie conoce escrito en la proa. Así venía cuando lo compró. Y al final de la tarde sus pies caen en el agua salada de Taganga mientras recibe de Fritz una cuerda con varios peces ensartados por sus bocas.

- Fue el fin de su desasosiego – dijo Fritz – Ahora usted solo piensa en la hora y el día en que sus líneas traerán muchos pescados.
- Era un sentimiento muy parecido al que produce ese teléfono negro de disco con la campanilla dañada. Solo el dueño puede imaginar que lo llaman con insistencia – dijo Ernesto. <<

Una campanilla que no suena no asusta ni a los peces – pensó >>.

- Se que se lo regaló su profesora de español cuando leyeron sobre un ciego lleno de mañas que cantaba en un puente – dijo Fritz – La que le aconsejaba que se quedara quieto también cuando fuera a pescar.
- Ernesto, sé que todos sus enemigos han muerto de repente y sin dejar explicación – dijo Fritz. << ¿O estarán dormidos como los peces y estarán esperando un rayo luminoso de la luna para salir a deambular? – pensó >>.
- Ya no había atadura – dijo Ernesto - Nunca la hubo. Tal vez fue compasión. No quiero seguir hablando de temas desagradables. << Habían empezado a oler a feo como cuando el sol calienta las tripas de los peces. Y el olor a humos perfumados se había incrementado en los últimos años

en la casa de esa gente – pensó >>.

Todo era inverosímil para la gente de la montaña donde había vivido Ernesto sus últimos años. Sus conocidos. Creían que Ernesto iba hacia un sitio de miseria. Un espectáculo que había llegado con su vejez. Una edad donde ya no se puede comer trompas y orejas de marrano. El fin de muchos planes.

Pasar del sombrero, la camisa de líneas verticales, los pantalones de algodón, las alpargatas, el rejo y la olla en el fogón de leña que evita que se marquen las costillas, a la pantaloneta impermeable y el sombrero de tela redondo. Eran los que veían difícil dejar atrás la máquina de escribir, la amistad con los carniceros y la olleta de aluminio para el chocolate y reemplazarlos por el olor a pescado, la amistad con los universitarios que hacen la butifarra y los escándalos producto de beber a

grandes sorbos el etílico durante el juego de dominó.

- Es agradable contemplar la Mar desde lejos – dijo Ernesto – Vine acá para verla de cerca. << Ver la resistencia de la arena cuando la canoa trata de entrar. A lo mejor también termine aprendiendo sobre el apetito de los peces – pensó – Ellos y yo comemos para vivir >>.
- También remojar los pies en ella – dijo Fritz – Sumergirse y ver cómo algunas cosas venenosas se mueven en el fondo. << Creo que algunos peces ven los pies como alimento – pensó – Siempre me muerden cuando el agua de la Mar está caliente >>.
- Mirar la arena y los que viven en ella – dijo Ernesto – y en las rocas. << Pero la Mar y el sitio donde uno pueda vivir junto a ella es diferente al techo de teja de barro donde se nace. Al que siempre puede uno volver

cuando tiene problemas o no hizo caso de lo que le decían con insistencia. El hotel mamá. El que da tranquilidad cuando llega el hambre y solo se tiene para comer leche en polvo. Una forma de pensar que la lluvia cesa. Ya no hay alcohol para olvidar y alcaloides para vivir más a prisa. Esa es la casa paterna. Donde nací y en donde se intenta curar las enfermedades con aguas aromáticas. En la montaña, en una casa de paredes de barro y techo de caña y habitaciones grandes y oscuras donde la hamaca roja sujeta a dos fuertes ganchos permitía pasar la tarde cómodamente. Y la noche. Allí había moscas volando. Y perros abrigando la esperanza de un bocado. Y algunas niñas atraídas a la cocina de leña por el pan que salía del horno y los granos que habían sido remojados. El guarapo siempre es bien recibido.

También alacranes amarillos cayendo cada vez que el gato golpeaba el techo persiguiendo palomas que engordaban con el maíz de las gallinas. Y ratas que andaban detrás de unos plátanos verdes y de las pastas que habían sobrado. Roedores que salían corriendo a donde los vecinos para o ser atrapadas o golpeadas con violencia con la escoba y el garrote de palo de Guayaba – recordó >>.

- Muchos del pueblo de Taganga decían que las ratas eran brujas disfrazadas - dijo Fritz. << Vivimos en un pueblo con creencias y con muchos tropismos genitales – pensó – Tal vez por eso hay tanto gato >>.
- Y eso se olvida cuando se comen uno que otro gallo que no logra llegar al domingo porque es capturado cuando se está subiendo a los árboles al final de la tarde – dijo Ernesto. << Era casi

siempre el que no dejaba dormir – pensó - A la gente no le gusta recordar que el sol va a salir nuevamente. Saben que hay que llenar el canasto otra vez >>.

- Allá abajo en el pueblo lo que si hay son muchos gatos – dijo Fritz – Revisan minuciosamente los basureros. Yo también tuve un gato negro con manchas blancas que le gustaba tomar leche recién ordeñada de una vaca detrás de la casa y un cafetal que se beneficiaba con la orina recolectada en la noche en una mica.
- Me gusta este balcón. Ya todo el día hemos luchado con la desconfianza de los peces – dijo Ernesto. << Lo hice con un martillo viejo y unos clavos usados que encontré en unas tablas abandonadas. La casa la iré construyendo cuando pueda – pensó >>.

- Veo que está en dirección a la Mar – dijo Fritz - Justo en las tierras altas de Taganga. << Ernesto logó crear una atmosfera apropiada para vivir. Donde sudar la viejera y no mirar para atrás. Algo fácil de hacer si se sabe respirar. Y olvidar las lecciones macabras del catecismo en la infancia por insistencia de las abuelas y el querer del cura de evitar que el maligno penetrara – pensó – Y Ernesto parece un pez con su memoria topográfica. Mejor que la de una mula >>.

Siempre se ve desde allí la Mar. El reflejo embriagador. Un azul que permanece hasta que la luz se extingue en el horizonte. Y el azul se vuelve negro y la policía comienza a sacar la gente del baño de sal con una sirena. Y el tiempo pasa. Lo más valioso cuando se han gastado los ahorros comprando pastillas para la curación de algunas dolencias y se pierde la

oportunidad de comer pan remojado en agua de panela.

- La gente sabe lo que le espera en la montaña pero no dice nada cuando llega junto a la Mar – dijo Fritz. << Yo no digo nada porque tengo el cuerpo enfermo – pensó - Y no quiero pedirle más a la vida. Ella sabrá lo que sigue. Ambos somos como esos peces viejos con experiencia que ven todo sospechoso >>.
- Se piensa que tanta agua debe tener algo que comer – dijo Ernesto mirando la Mar y revisando las cañas y los anzuelos. << Pero los peces se defienden – pensó – Cielos cubiertos y aguas opacas siempre indican lucha >>.

Y ese balcón era una estructura de madera soportada por dos grandes vigas. Habían pertenecido a un barco pesquero Samario que había sido hundido con el método de los

piratas. Sus dueños, buenos marineros pero con defectos, habían tenido una borrachera con Ron. Lo que no se hundió se los llevaron los ladrones.

El perímetro del balcón estaba limitado por una cerca de tablas que tenían pegadas las etiquetas de algunas cervezas afamadas. También los arañazos de unos perros que se entretenían persiguiendo lagartijas. En los árboles de Almendro y de Trupillo que le daban sombra había colgados algunos sonajeros que había hecho la madre de Ernesto. La brisa de la Sierra los hacia sonar.

Ese balcón había sido un proyecto propio de Ernesto. Muchos le decían que se iba a caer. Que estaba muy torcido. Miraba a Taganga y luego a la Mar. Y el balcón es un sitio donde uno cuida de sí mismo. No hay golpizas ni reproches. Donde la vida se centra en uno mismo y no en la de los bohemios de al lado. Es tan fuerte la briza en ese balcón que el

humo de las necedades ajenas se va rápido y todo el que se sienta allí se arriesga a terminar hablando solo.

Al balcón no llegaban visitas porque Ernesto decía a los que se encontraba que vivía acompañado y llegar sin avisar causaría una gran molestia. Decía que estaba educando a su hijo para que no se ilusionara en casarse con una familia rica y encumbrada porque prefería que tuviera algunas expectativas para con la Mar. Era como aproximarse al fin del mundo sin nerviosismo. Por eso en la entrada del balcón había un letrero que invitaba a ir donde el cura para que le quitara antes de entrar la mala suerte. Esa torpeza del destino que habría sido inoculada por cierta gente que goza enamorando mujeres ajenas para asegurar que el ayuno no llegara permanentemente.

Y como los vecinos estaban en esas épocas de cambio de religión no

visitaban a Ernesto nunca. Así evitaba que la cabeza le ardiera con los problemas ajenos. Que es lo único que viene a contar la gente. Observaciones de cuánto se hunde el bote con esas señoras de aspecto varonil que se suben los sábados para simular ser felices con las olas. Obsesiones de mujeres muy maduras que quitan el sueño al que se pone a escucharlas. Como la gente que roba ganado.

Siempre dejaban un olor feo que Ernesto no podía descifrar en la época en que fue inaugurado el balcón. Muchos era gente que se habían casado por interés para no llevar una vida de miseria y tedio. Era un olor a esos peces del fondo con cara de sapo que desprecian los pescadores al alba y que huelen rancio cuando un turista lleno de aguardiente los mueve con un palo.

- ¿Por qué te gusta tanto la mar? –preguntó Fritz. << Esta lluvia

fina está apropiada para pescar - pensó >>.

- Soy feliz – dijo Ernesto. <<Me gustan en las mañanas cuando el agua está fría y veo pasar la gente con sus perros – pensó – Y siempre celebro mi cumpleaños acá. Una torta de manzana con una vela >>.

<< Y el final de la tarde. Me parece haberlo visto flotando cuando el verde azulado de la mar lo desplaza el marrón y luego el negro – pensó Fritz >>.

- Es mi rincón donde estoy tranquilo con los peces – dijo Ernesto. << En la mañana bien iluminado y en la noche oscuro – pensó – Luego las rizas y groserías de los visitantes hasta que la policía empieza a sacar borrachos que llevan la ropa al hombro >>.

<< Es un sentimiento de amor capaz de mover ese cuerpo viejo – pensó –

Una vieja posesión que viene desde niño. Algo que no puedo comentar porque mi honestidad sería entendida como grosería >>.

- No todos son aptos para la Mar y la pesca - dijo Fritz - Viven allá, comen de ella pero no les gusta. A usted sí. ¿Es por qué se va y vuelve a usted? ¿Por qué tanta insistencia? << Insisto porque mi cuerpo se fortalece en el cuarto menguante y en el cuarto creciente. Esas lunas nos aumenta el apetito a mi y a los peces - pensó >>.
- La Mar no vale nada sin mí y yo sin ella - dijo Ernesto. << Se tienen amigos y no se tienen – pensó – Nos tenemos un respeto extraño. Yo siempre le di más importancia. Eso me hizo así >>.
- Debes tener algo que asegure tu vejez – dijo Fritz – Tu bandera en las épocas de hambre. El billete doblado en la billetera junto a las lentejas de las

fiestas de Diciembre. ¿O lo gasta todo empinando el codo? Cerveza Chivo Clausen y el Wiskey de Jack. ¿O ha pensado en autocompadecerse y pedir limosna? La gente se vuelve rica así. << A lo mejor con el examen final del bachillerato no inició nada para Ernesto. Su abuela que le gustaba usar hombreras postizas y hacerle tortas de pollo si se lo dijo el día que nos dieron los diplomas: "Los diez y seis años de relación con los cuadernos son difíciles de superar". Para mí no fueron los más felices >>.

- Usted todavía se cree Capitán y me cree uno de sus muchachos – dijo Ernesto. << Tengo para vestirme en forma estrafalaria. Camisas con palmeras, unas guayaberas y algunas pantalonetas. Y la gente piensa que porque me visto así no se puede confiar. También unos zapatos y unas botas. Y un gorro

de pescador blanco con una hielera que venía llena de Tequila y algunas aceitunas. Todo eso lo puedo comprar con lo que me sobra de la pesca. Yo cambié Fritz pero las pruebas no son visibles. ¡Lo juro por mis parientes muertos! – pensó Los que tocó enterrarlos dos veces porque se creían propietarios hasta del cementerio >>.

- Usted es un hombre solitario pero lo saluda mucha gente – dijo Fritz - ¿Al menos sabe quiénes son aparte de ser conocidos de la policía? << Supongo que los considera conocidos. Todos deben tener un apodo. Así se acuerda qué hacen y dónde permanecen – pensó – Todo ha sido persuasión. O eso es lo que esa gente cree. Han visto mis libros de pesca y están convencidos que con haberlos tocado ya tienen esas habilidades en su cabeza. Un estímulo para su alma y una

garantía de una invitación a comer conmigo >>.

- Un hombre no debe vivir para sus amistades Fritz – dijo Ernesto – ni debe insistir en que lo llamen como el país al que fue de visita. << Más si quiere hacer su vida con la Mar o con algo que llame como propio – pensó – Tienden a convertirse esos amigos en medicinas amargas e insípidas. Aburridas. Y muy eficientes en nublar las ambiciones de la gente y a ponerlos a dudar sobre la utilidad de la pesca porque para ellos la rutina de las redes es muy dolorosa. Siempre tienen la sensación que las ideas sobre el arte de los botes las pudieron haber tenido ellas >>.
- ¿No estará pensando en declarar una guerra a esa gente que ve todos los días y que arrojan sus bombas pestilentes a la Mar? – pregunto Fritz. << Sus peces están más allá. Usted sabe que

esa gente lo hace por desesperación existencial - pensó. A eso huelen >>.

- Me gusta más fumar el Tabaco y ver la pólvora en la noche en el Malecón. Tengo una trinchera bajo un Trupillo. Suenan como una ametralladora los cohetes luminosos – dijo Ernesto.
- La Mar es un buen rival para usted. A veces tiene gestos malos y no le importa – dijo Fritz. << No importa lo que le cueste esa relación. Usted es muy sentimental. Y algún día intentará matarlo y luego lo sacará a la playa – pensó >>.
- Yo soy solitario y tranquilo – dijo Ernesto. << Me gustan las mujeres y no me gusta hablar con desprecio de las botellas con el etílico – pensó - Tampoco de la Mar >>.
- Bueno. Al menos a ambos nos gusta andar descalzos y usamos los mismos calzoncillos anchos – dijo

Fritz. << Pero yo olvido mis depresiones y evito los desequilibrios con los alcaloides – pensó - Esos son los días en que no lo puedo acompañar a pescar >>.

- Tranquilo Fritz. Siempre habrá un coco esperando caerle a alguien en la cabeza – dijo Ernesto – Recuerde que también hay gente que se enamora solo de los genitales.
- Mejor me voy a poner a cantar – dijo Fritz – Hoy comeremos pescado. Uno que tengo congelado. << El tiempo de maduración es importante – pensó >>.
- Cada cual tiene su idea sobre la comida de mar – dijo Ernesto. << Menos el vecino que le gusta apropiarse de las frases ajenas. Por eso no anticipó que su amor matrimonial solo tenía contrato para tres días – pensó - El esperaba por lo menos veinte años y que después se siguieran

acostando sobre ese manto azul bajo el trupillo >>.

- Ese amor de la gente es de novela extranjera – dijo Fritz. << Yo siempre he amado a los peces que están en la Mar por más de cuarenta años, no solo por las horas que salgo en el bote – pensó >>.
- Si. La gente cree que siempre ha amado a la Mar pero lo real es que no – dijo Ernesto. << Solo aman mientras usan una camiseta con un letrero, cargan una mochila, usan manillas en sus muñecas y danzan en sus aguas con una cerveza en la mano y un cigarrillo de alcaloides en la otra – pensó – O inician una escuela para que la gente se sumerja por un tiempo en la Mar >>.
- Ese amor de la gente por la Mar dura toda la vida, mientras la visitan por no más de ocho días – dijo Fritz. << Para vivir junto a

la mar hay que tener verdadero amor. El escrito en las novelas – pensó - Luego esa gente prefiere irse a una laguna y nace un nuevo amor y usaran ruana y tomarán aguapanela >>.

- Eso es lo que he visto en estos cincuenta años – dijo Ernesto. << La gente es capaz de pasar sus hélices por encima de la gente que está sumergida solo porque quieren llegar rápido a jugar Dominó – pensó recordando lo que le había contado Felicia – La disculpa fue invitar a los afectados a una copita de Ron >>.
- Ernesto, esos comentarios suyos, siempre precisos, solo me dan ganas de tomar un Coco Loco – dijo Fritz. << Eso es afirmar que para cada anzuelo hay su pez y que a veces el pez es tan listo que no lo muerde – pensó – Eso a veces le pasa a Ernesto. A veces niega la nacionalidad de su corazón. Eso es consecuencia que

ese pescador Bernardo le haya hecho olvidar esos dos sitios de pesca para poder él seguir lucrándose en el mercado de Santa Marta. Allí había buenas Ostras y Cangrejos >>.

- La gente joven que ama a la Mar puede vivir lejos y no venir. Y seguir manteniendo esa afinidad espiritual – dijo Ernesto. << No tienen que bañarse juntos – pensó - Así como el hombre importante con carro costoso y genitales grandes >>.
- Deberíamos tener solo vecinos viejos – dijo Fritz. << Los viejos están más acoplados a la Mar y la violencia hacia ella ya no se ve. Ya no tienen ánimos – pensó - Es malo que todos sean viejos en esta ladera de Taganga pero sería más llevadero para la Mar. Saben comportarse pero por otro lado quedarían tan callados como un difunto cuando algún

bellaco le haga algo a la Mar. >>.

- Mire esos que estudian la Mar en el Rodadero. Tienen una existencia infernal porque ella solo le da trabajo a pocos. Terminan borrachos y siguen estudiando de por vida, roban a la gente de otras colonias, se disparan calumnias y a veces se dejan tocar por un animal venenoso que llega en los barcos asiáticos – dijo Ernesto.
- Yo solo sé que esa gente escribe mentiras y duran toda la vida haciendo lo mismo – dijo Fritz. << Se parecen a unos especuladores que conocí en Cartagena - pensó – Eran también conspiradores y ahora dan consejos a la gente de Baranoa >>.
- Pero la vida al que le gusta le da poco y al que no le da más – dijo Ernesto. << Hay cosas

inalcanzables para algunos – pensó >>.

- Tiene razón. Muchas veces no sirve saber leer y escribir o ir bien bañado – dijo Fritz. << Los que prosperan ya están escogidos. A otros les toca empezar a utilizar el acento Samario – pensó - Yo no soy de los que se aprenden frases de libros ni beben vino tinto >>.
- Muy pocos de nuestros vecinos silban – dijo Ernesto – Siempre tienen confianza en que la Mar los va a alimentar. << Hasta que llegue el helicóptero por ellos y empiecen a correr por los techos rompiendo las tejas de los vecinos – pensó – Es gente que siempre acepta regalos y dan comidas para conquistar el corazón de algún político. Son dignos de ser escritos por los escritores Rusos >>.
- Pero les pasa algo cuando solo se dedican a vivir junto a la Mar –

dijo Fritz. << Siempre hay que hacer otra cosa en busca de la mal oliente rutina. La que se dejó atrás allá en la montaña – pensó - Y se aborreció y maldijo diariamente. Lo único que mantienen es que no guardan los secretos y así no son iguales al resto >>.

- Muchos de los que viven en estas lomas de Taganga sienten miedo como celador de edificio – dijo Ernesto. << Ellos no ven la muerte tan encima. Las agujas de sus brújulas no se detienen. Yo solo los conozco por el apodo que les dan por su oficio – pensó - Nunca les he sabido el nombre. Pero no estamos todos en la misma canoa. Ellos fuman alcaloides y yo pesco, aunque todo lo hagamos en la misma Mar >>.

- Es natural que lo que se tiene no sea suficiente y el sosiego no llegue nunca – dijo Fritz - ¿Es difícil ser un árbol lejos de la

Mar, verdad? << Nada como pagar el amor de unas muchachas para olvidar – pensó – Ellas siempre con el afán de ganar dinero rápido después de pasar un periodo corto por la universidad. Tienen la imaginación de una gallina cruzando una carretera. No hay duda que Ernesto se dio cuenta que sus vecinos sufren desasosiego del corazón y los nativos fiebres del alma >>.

- Usted y yo podemos ver desde este balcón como sale el sol, se refleja en la Mar y luego se oculta – dijo Ernesto – Otra gente también. Pero solo yo puedo ver como su barba se vuelve blanca con la sal que trae la brisa. << A veces hay suerte y se puede ver cuando le llega la vejez a alguien – pensó. A veces es después de una tragedia >>.
- Y otros le ponen más cuidado a la televisión porque saben que tienen una imaginación brusca y

una mente cansada – dijo Fritz. << Y también le dan mucho valor a la experiencia sórdida que les pueden dar sus parientes, esos que los aviones los llevan a sitios donde pueden sacar sus intimidades debajo de una palmera – pensó >>.

- Espero que mañana no dejemos de amar a la Mar a menos que sea por una enfermedad repentina que nos causen sus aguas y sus peces – dijo Ernesto – O que su olor sea tan desagradable como el olor a jabón en las pastas que venden en la tienda.
- Es una manera muy buena de terminar una relación – dijo Fritz – El dolor de las coyunturas por estar sumergido en el agua de la Mar o la culpa de alguna espina de pescado atravesada en la garganta. << Recuerdo lo que me pasó con esa Sierra frita – pesó >>.

- Al vivir mirando la Mar uno se comporta de un modo muy diferente – dijo Ernesto – pero también uno le presta atención a lo que pasa allá abajo, en Taganga. << Como la reina del Mero que contagio a todo el pueblo de sífilis y se refugió en un hotelito – pensó - También contagio a los del hotel y luego pedía una canoa para poder irse >>.
- Las actividades sociales y los insultos entre la gente no se pueden olvidar completamente – dijo Fritz. << Cada uno le da valor a lo que le pasa porque lo que no vale nada vale mucho. Esos perros criollos suyos valen mucho – pensó >>.

La cafetera ya empezaba a emitir ese sonido a gargarismos y el olor a café se esparcía suavemente por toda la ladera de Taganga. Café después del pescado. Digestivo. Medio litro de ese café hacían despertar a cualquiera aun en momentos de

soledad. No era necesaria la cocaína por eso los que escamaban el pescado ya sabían que Ernesto había hecho sus ejercicios de brazo y patada en la Mar. Siguió nadando desde aquella prueba donde era el único participante y fue descalificado. También una brisa que venía de la Mar la complementaba con sus olores a sales y hacia mover las camisas sin cuello que habían sido lavadas la noche anterior.

Ese olor a Café de las tierras bajas de Colombia que venía de una cocina a leña donde se hervía el agua filtrada, atravesaba la escasa biblioteca que Ernesto había traído de Santa Marta. Se había acostumbrado a leer. Es difícil leer. Ernesto tenía una colección de libros de gente que había escrito sobre la Mar junto a las gafas con aumento, también unos maletines viejos, la máquina de peluquearse, algunas fotos, un reloj que no tenía batería y uno que otro remedio para

cuando los habitantes de la Mar estaban mal humorados por haberse Ernesto sumergido a mirarlos. Esos inquilinos de la Mar son muy venenosos.

Ver a la Mar y a los pescadores durante horas desde lo alto en ese balcón era maravilloso y esas poltronas viejas le daban al cuerpo de Ernesto y al de Fritz un reposo que solo se logra flotando en la Mar o después de un baño con agua fría. El etílico también ayudaba un poco. Los Cactus siempre evitaban que mirara hacia los lados. Era su altura y su costumbre desde que votó a los 18 años por un candidato que hizo lo contrario a lo que había prometido. Así olvidaba su enfermedad que le había hecho perder peso y evitaba que fuera el mismo de antes, el de aquellas épocas en que visitaba Punta Betín. Era como un puma Suramericano listo para matar en Taganga. Y él se comportaba como aquellos que quieren ver la magia y

no ver la mierda. Alejar siempre la mala suerte para no tener que bajar los hombros.

Más abajo del balcón cuya madera se había salvado de la Polilla – el Comején costeño – había unas estatuas de metal desmigajadas por el salitral. Las había dejado a guardar un secuestrador de perros que nunca volvió después de un fallido cobro de recompensa. Luisito fue el hombre que quería reemplazar la Butifarra Tagangueña por Tamales con aceitunas y uvas pasas. Su segundo nombre era el de su padre feminizado y con ese firmaba las notas de rescate.

En la estatua de un saxofonista, Ernesto dejaba las llaves de su casa. Ese refugio lo había construido un hombre que lo amo mucho y que era de buen perder. Antes Ernesto las guardaba bajo una matera pero algunos de esos niños que viven en la carretera las habían encontrado y el arpón de Ernesto fue

a parar a una casa de empeño en la ciudad administrada por Hectorcito, un borracho comemierda. Cada cual se gana la vida como puede.

Ernesto se apuraba se aprovechar cada día. También pagaba lo justo por los pescados que compraba en la playa de Taganga. Y cada día al final de la tarde se encargaba de darles un poco de agua a unos árboles que había sembrado junto a la casa. Luego se sentaba junto a ellos con su pistola 9mm en la cintura y se tomaba una botella de vino tinto. Todos bebían y aseguraban fuerzas para las brisas de la noche. Luego Ernesto se iba a la cama y no estaba solo allá arriba en la loma Tagangueña. Siempre los choferes de algún bus subían a alguna muchacha que quería de su compañía. Si Ernesto no estaba porque se había ido con su amigos pescadores se conformaban con Fritz aunque éste sudaba mucho.

- Ese bombillo amarillo hace que se estrellen muchos insectos en él – dijo Fritz. << Cuando se enciende solo empieza la matanza. Como los políticos religiosos que se quemaron. Venden baratos los vasos para café con su propaganda – pensó - Y siguen insistiendo >>.
- Este balcón no necesita más iluminación. Con el sonido de la Mar y las luces de los botes de pesca a lo lejos está bien – dijo Ernesto – Con esta oscuridad nos parecemos a esos que van de negro a los entierros. << Acá en Taganga siempre se espera que vaya la gente al entierro. A veces uno puede ver cuando algunos abrazan el cajón y si está cerrado porque la mordida del tiburón fue feroz lo abren – pensó – para que el difunto sepa que no está solo >>.
- Es una noche fresca pero ruidosa – dijo Fritz. << Es el espacio

reducido y estos muebles lo que me hacen tener calma – pensó - Y ver el equipo para ir a las profundidades me hace desear el mañana. Y los que pasan y me miran solo ven una sonrisa melancólica y eso los deja dormir. Ya antes nos han clasificado de bohemios y así hemos estado todo este tiempo >>.

- La vida con poco es mejor y dejar lo más para ir conociendo con el paso de la vida es mucho mejor – dijo Ernesto. << Lo malo es que las moscas siempre llegan de la casa del vecino – pensó – Ese olor a cigarrillo de poco valor lo delata cuando eviscera al pescado para luego untárselas en los brazos y salir a pedir limosna junto a esas muchachas perdidas por la ambición. Ya había explorado sus propias profundidades hace mucho >>.
- Eso de comer pescado todos los días es agradable – dijo Fritz.

<< Pero debo seguir comiendo huevo y arroz para poder levantar la hielera. Es la vitamina para los que quieren enamorar de vista. Igual a la época en que levantaba pesas de cemento - pensó >>.

- Estamos unidos por el gusto por el agua salada – dijo Ernesto – Tal vez los espíritus. Siento cuando llega de la pesca sin haber llegado. ¿Desde hace cuánto somos amigos Fritz?
- No lo sé. Desde siempre – dijo Fritz. << O tal vez desde ese día en que usted tendió la hamaca en Pueblito y se la iban a robar. Ahí conocí a su mamá. Bella persona. Le gustaba mucho la sopa de pescado – recordó >>.
- Usted ha sido siempre una mente extraordinaria. Quería saber más sobre la Mar y cuando tuvo la respuesta a lo que buscaba se detuvo - dijo Ernesto - ¿Por qué?

- La sustancia que nos forma a cada uno es muy diferente – dijo Fritz – Lo que somos da ventaja sobre los otros y eso pasa con los habitantes de la Mar. No lo tuvieron en cuenta. << Asumo que muchos quieren permanecer ignorantes para seguir haciendo algo. Al menos para que no les digan vagos y tener cómo llenar la nevera – pensó >>.
- Ya hemos vivido aquí veinte años – dijo Fritz – Ya debe saber si las decisiones que tomó fueron adecuadas. Hay playas más hermosas. << Esa información le llega en esas cartas que recibe – pensó – Se las debe mandar una persona estúpida, un necio orgulloso >>.
- Si. Hay otros sitios – dijo Ernesto – Aquí me gusta. Además recuerde que la gente habla mal de lo que a uno le gusta. << Yo no le pido permiso a nadie – pensó – Nunca lo he hecho y

cuando presto atención a lo que dicen las cosas no salen bien >>.

- Los placeres de la playa son diferentes para cada uno – dijo Fritz – El calor no lo soportan todos. << En este balcón las tradiciones son diferentes. Hay días en que no quiero leer libros religiosos >>.
- Muchos quieren llegar a la vejez sin saberlo – dijo Ernesto – y su vida se basa en la fecundidad. << De pequeños quieren ir hacia la Mar y de grandes hacia la montaña – pensó >>.
- A las muchachas les gusta mucho la vida peligrosa – dijo Fritz – Es una existencia diferente a la de nosotros. << Ni siquiera hay que sacar conclusiones de eso – pensó >>.
- ¿Por qué se esta riendo Fritz? – dijo Ernesto.
- En la tarde una muchacha cerca de la playa me ofrecía un descuento por quitarme todos los pelos del

cuerpo – dijo Fritz. << Y también me preguntaba qué hacía yo con esas verduras y un Bore y un Sábalo – pensó – pero perdió pronto el interés en la conversación. Cosas de juventud. También otro viejo pasaba por ahí >>.

- Después de la pesca me senté en esas bancas de cemento que producen sueño – dijo Ernesto – También vi unas muchachas que competían entre sí por belleza. Tenían sus cuerpos cubiertos de figuras de tinta. << Jajaja... y a esos pescadores que aseguraban que se habían arreglado para ellos – pensó – Luego las invitaron a comer helado. La gente come mucho helado. No hubo besos de recompensa >>.
- Yo me recosté un rato en la hamaca del balcón – dijo Fritz – y empecé a mover los pulgares. Me había untado Mentol y Alcanfor en la nariz. El vecino Holandés

decía que ese movimiento de dedos era señal de estar desocupado. << Él hacía vinos para dejar de mover los pulgares – pensó – y empanadas rellenas de verduras que regalaba en la playa. También limpiaba sus monedas delante de gente que lo miraba de reojo >>.

- Mientras yo tenga apetito no dejaré de comerme un pescado frito – dijo Ernesto. << Así me alejo cada día del trágico futuro que me pronosticaron - pensó – A lo mejor el pescado y el plátano es lo que ha hecho tan listas a las mujeres. Pero siempre se casan con un marino bruto, cada vez más brutos porque dejan de ir a la escuela >>.

La gente en Taganga les gusta correr. Corren porque es un mundo enredado y picaresco. Donde se vive bien. Pasan por la casa de Ernesto y Fritz varias veces al año. Un montón de gente corriendo. Les gritan cuando los ven en el balcón bebiendo

el etílico que el maligno anda por ahí. Disfrazado. Y que hace que la gente haga lo que se le antoja. Se disfraza de pescador y hace que las muchachas se sumerjan en la Mar. Dicen que su cuerpo negro y sus ojos rojos hacían agitar la Mar en un vaivén fugaz. Y Fritz y Ernesto imaginaban lo que estaba pasando y sacaban historias en su cabeza. Imaginaban que los hijos de esa aparición iban a ser muchachos tontos que solo saben hacer aparejos de pesca y niñas listas que leen libros que no deben, lo suficiente para armar una pelea varios años y no dejar dormir a nadie. Fritz pensaba que tal vez de ahí venía ese acento que no entendía y la magia que le asocian a todo lo que pasa. Y la vida sigue en Taganga. Se vive, solo se vive. ¿Para qué más?